

## Bajo el movimiento del Quinto Sol

**Carlos García Rizzon**

**(Universidade Federal do Pampa)**

“[...] insistirás en recordar lo que pasará ayer.”

Carlos Fuentes. *La muerte de Artemio Cruz*.

Una impresionante estatua con calaveras y serpientes en relieve fue encontrada en agosto de 1790, cuando trabajadores realizaban obras en el centro de la Ciudad de México. Se trataba de la representación de Coatlicue, diosa de la vida y de la muerte. Semanas después, otro monolito fue descubierto en un lugar muy cercano. Era un disco de piedra hoy conocido como Piedra del Sol, escultura que representa la sucesión de los cinco soles del antiguo mundo mexicano. En la época, sus presencias atemorizaron a los gobernantes de la colonia, pues avivaban la memoria de los indígenas. Así Coatlicue volvió a ser enterrada en el mismo lugar de donde había sido sacada, y la Piedra del Sol fue escondida. Siglos después, en febrero de 1978, trabajadores descubrieron otra enorme piedra esculpida. De esta vez era la diosa de la luna, Coyolxauhqui, con sus brazos y piernas desmembrados. Según creencias mitológicas, al saber del embarazo de su madre Coatlicue, Coyolxauhqui la acusa de promiscua, pues no debería generar otros dioses. Al nacer, Huitzilopochtli, enojado por los destratos de su hermana, echa Coyolxauhqui de la cima de un peñasco. Fue a partir del descubrimiento de la escultura de Coyolxauhqui que se intensificaron las investigaciones sobre México-*Tenochtitlán*, ciudad destruida por los conquistadores en el siglo XVI, y surgieron nuevos estudios sobre la civilización azteca. Para el escritor Carlos Fuentes, esos descubrimientos eximen los escritores de

imaginar todo el pasado, pasado que está vivo y que se hace presente en las costumbres de cada mexicano.

En la producción de Carlos Fuentes, además de referencias a personajes y acontecimientos históricos, se hacen presentes elementos míticos y concepciones que alimentaron los rituales de los antiguos mexicanos y que son perceptibles aún hoy en las narrativas de la vida contemporánea. Carlos Fuentes atenta: “No hay mito de la creación que no contenga la advertencia de la destrucción” (1990, p. 1). 1519, año en que el conquistador español Hernán Cortés desembarcó en el Golfo de México, coincidió con *Ce Ácatl*, año del calendario azteca marcado para el retorno de Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada, y el fin del período del Quinto Sol. De acuerdo con los informes aztecas compilados por Frey Bernardino de Sahagún, Quetzalcóatl se exilió tras emborracharse y cometer incesto con su hermana. Había recibido de Tezcatlipoca, un dios que sembraba discordias, un espejo donde pudo ver no una máscara protectora que imaginaba poseer, sino sus trazos humanos, tomando consciencia entonces de que no era eterno, que envejecía y que tendría también un fin humano, lo que provocó su desespero. Avergonzado por sus actitudes, como penitencia abandonó su ciudad sagrada, Tula, siguiendo hasta la costa, donde embarcó en una balsa de serpientes y navegó hacia el oriente, prometiendo regresar. Desde entonces, a cada 52 años, período en que se repetía *Ce Ácatl*, el año de su nacimiento, Quetzalcóatl era aguardado para iniciar un nuevo ciclo cósmico. Su retorno provocaría el fin del reinado de Huitzilopochtli, el dios que condujo los aztecas desde las tierras desérticas del Norte hasta el lago *Texcoco*, donde guerrearon contra pueblos allí asentados anteriormente. Conforme la leyenda azteca, en aquel lugar tuvieron la visión anunciada por Huitzilopochtli: un águila sobre un nopal en el momento en que aprisionaba una serpiente por el pico. Ese fue el lugar elegido para erguir su capital, *México-Tenochtitlán*, donde Huitzilopochtli, dios solar y de la guerra, poseía su adoratorio al lado del adoratorio de Tláloc, dios de la lluvia y de la fertilidad,

en lo alto de la gran pirámide del Templo Mayor, representando la dualidad vida y muerte. Fundamentalmente, Huitzilopochtli y Tláloc eran opuestos, pero complementarios; y vida y muerte eran inseparables: “La muerte mexicana es el espejo de la vida de los mexicanos”, escribe Octavio Paz. Y el poeta mexicano añade:

Para los antiguos mexicanos la oposición entre muerte y vida no era tan absoluta como para nosotros. La vida se prolongaba en la muerte. Y al revés. La muerte no era el fin natural de la vida, sino fase de un ciclo infinito. Vida, muerte y resurrección eran estagios de un proceso cósmico, que se repetía (1989, p. 43).

Quetzalcóatl, por influencia de los antiguos *toltecas* y su cultura diseminada entre las civilizaciones que los sucedieron, aparece en esculturas, en pinturas y en otras artes por toda la región de Mesoamérica, representando un personaje mítico que reúne en una única figura un ser celestial creador de los seres humanos — a quienes entrega el alimento divino, el maíz — y un rey civilizador, héroe cultural que enseñó la agricultura y gobernó *Tula*, la opulenta ciudad de la fertilidad y la abundancia, donde “las mazorcas de maíz eran tan grandes que se cargaban abrazadas [...] y los vasallos de dicho Quetzalcóatl eran muy ricos y no les faltaba cosa alguna, ni había hambre” (SAHAGÚN *apud* FLORESCANO, 1999, p. 188). Diferentes civilizaciones en distintas épocas procuraron reproducir en la construcción de sus ciudades los trazos de la prodigiosa *Tula*, siguiendo lo que Mircea Eliade formula como el Centro del mundo. El centro ordena el cosmos, en oposición al territorio desconocido, el caos. Conforme el filósofo rumeno, “o sagrado revela a realidade absoluta, e ao mesmo tempo torna possível a orientação, portanto funda o mundo, neste sentido que fixa limites e por conseqüência estabelece a ordem cósmica” (1999, p. 44). La más antigua ciudad de Mesoamérica fue *Teotihuacán*, lugar donde, según la mitología azteca, los dioses se reunieron alrededor de una hoguera para, a través del sacrificio, crear el sol y la luna. El diseño urbano de *Teotihuacán*, dividido en cuatro segmentos, reproduce las cuatro direcciones del universo, y sus

pirámides caracterizan los tres niveles verticales: inframundo, superficie terrestre y el cielo. Ese fue el modelo seguido por los aztecas para edificar México-*Tenochtitlán* y constituir su imperio. La ciudad se ubicaba en medio al lago *Texcoco*, que iba siendo aterrado a los pocos, formando pequeñas islas interligadas por puentes y veredas. Protegido por el laberinto de canales e islas, en el centro estaba el Templo Mayor, espacio sagrado dedicado a los dioses Huitzilopochtli y Tláloc, de donde partían cuatro direcciones, organizando el espacio cósmico. México-*Tenochtitlán* fue descrita con incredulidad por Bernál Díaz del Castillo, el soldado cronista de la conquista:

Desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento [...] y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían, si era entre sueños, y no es de maravillar que yo lo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé cómo lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni vistas, ni aun soñadas, como víamos (1998, p. 179).

Cada gobernante que expandió el dominio azteca edificó una nueva pirámide en el Templo Mayor. Esa nueva pirámide era construida sobre la antigua, pues el centro era un espacio sagrado y no podría ser dislocado. Encubrir la pirámide anterior era una forma de preservar el pasado en el espacio del inframundo. Así, el Templo Mayor de México-*Tenochtitlán* forma una construcción dividida en siete etapas sobrepuestas, donde los diferentes estratos son partes integrantes de una única pirámide exterior.

En la cosmogonía de los antiguos mexicanos, creación y destrucción se repetían a través de la sucesión de diferentes soles. El primero había sido un Sol de Agua, acabó ahogado por una inundación. El segundo era un Sol de Tierra, que fue devorado por un jaguar. El tercero se llamaba Sol de Fuego, pero fue destruido por una lluvia de llamas. El cuarto, el Sol de Viento, fue llevado por un huracán. A cada desaparecimiento de un sol, se quiebra el orden del universo y sobreviene el caos. A cada surgimiento de un nuevo sol, hay una repetición cíclica de lo que ya existió, un

eterno retorno, como afirma Mircea Eliade, lo “que mantém constantemente o mundo no mesmo instante inaugural do princípio” (1992, p. 80). Los aztecas, herederos de la cultura de los *toltecas*, vivían bajo el Quinto Sol, el Sol del Movimiento. Ese sol exigía sacrificios para mantener su curso y volver todos los días. En la sociedad indígena, la continuidad de la vida sólo se daría mediante el sacrificio. Mircea Eliade observa:

Entre os povos primitivos, não apenas os rituais têm seu modelo mítico, mas os atos humanos, sejam eles quais forem, adquirem uma tal eficácia, a ponto de repetir, com toda a exatidão, um ato praticado no começo dos tempos por um deus, um herói ou um ancestral (1992, p. 35).

Para los antiguos mexicanos, la creación del Quinto Sol provocó un funcionamiento regular del cosmos: los días sustituyendo las noches, las estaciones sucediéndose una tras otra, tierra, cielo e inframundo ocupando sus espacios, todo bajo la regencia de los dioses. El movimiento del sol definió las direcciones del universo y estableció una asociación entre espacio y tiempo, posibilitando la elaboración de un calendario. Con la observación del movimiento cíclico del sol y otros astros, los sacerdotes aztecas podían prever las transformaciones climáticas, precisar equinoccios y solsticios, anunciar períodos de lluvias y determinar las tareas agrícolas. Las diversas ceremonias determinadas por el calendario actualizaban los principios sagrados que gobernaban el universo y entrelazaban diferentes concepciones del tiempo: por un lado, buscaban volver al tiempo de la creación, tornando los hombres contemporáneos de los dioses; por otro, manifestaban la idea de desgaste y regeneración cíclica del cosmos, aboliendo el transcurso histórico. Por lo tanto, las ceremonias religiosas servían a las ideologías de los grupos dirigentes, legitimando a través de la celebración cósmica el poder establecido.

Antes de la llegada de los aztecas a la región central de México, en 1325 d. C., otros pueblos estaban ya asentados en esa zona. Tras enfrentamientos con esos pueblos, los aztecas buscaron identificarse al medio extraño, asimilando los

conocimientos de las antiguas civilizaciones e imbricándolos con su cultura a tal punto de hacerlos pasar como originarios de ellos mismos a través de la alteración de los relatos. Diciéndose descendientes de los *toltecas*, civilización que existió entre 900 y 1100 d. C. y desarrolló la base de los conocimientos astronómicos, agrícolas y artísticos iniciados por civilizaciones anteriores, como *olmecas* y *teotihuacanos*, los aztecas forjaron vínculos con las culturas sedentarias, diluyendo la memoria de los pueblos conquistados. Ejemplo del hibridismo azteca que tuvo el propósito de afirmar su poder se refiere al mito de la creación del Quinto Sol, donde es establecida una oposición entre los pueblos agrícolas y los cazadores. En la versión azteca, estaban los dioses reunidos alrededor de una hoguera en *Teotihuacán*, y uno de ellos debería sacrificarse para el surgimiento del sol. Tecuciztécatl, dios vestido con ropas de algodón, en alusión a los pueblos agrícolas, se ofreció para el sacrificio, pero vaciló varias veces en echarse a las llamas. Sin embargo, Nanahuatzin, dios humilde y con el cuerpo lleno de heridas, en representación al pueblo guerrero, se echó en el fuego en la primera tentativa, convirtiéndose en el sol y subiendo al cielo. Después de mucha demora, Tecuciztécatl se echó también a la fogata, pero cayó en lo que eran apenas cenizas, transformándose en la luna, que no tiene luz propia. Ese mito expresa el nuevo poder establecido con la llegada de los aztecas al Valle de México. Ellos asumieron la supremacía sobre los demás pueblos y diseminaron entre los conquistados el discurso de que eran una civilización destinada a preservar el orden cósmico. Ese orden incluía sacrificios humanos realizados en ofrendas a los dioses en las celebraciones religiosas, lo que aterrorizaba a los pueblos sometidos a los rituales instituidos por el poder azteca.

Fue por la fuerza que los aztecas se impusieron sobre los otros pueblos del Valle de México y, cuando tuvieron su poder afirmado, redefinieron su memoria adaptando los mitos a su posición de superioridad. Los cronistas que, en los primeros años de la conquista española, registraron los relatos aztecas tomaron esas versiones

distorsionadas de las narrativas de origen como acontecimientos históricos, provocando interpretaciones equivocadas sobre la cultura de los pueblos precolombinos, que solamente pudieron ser contestadas por estudios arqueológicos desarrollados, principalmente, a partir de la segunda mitad del siglo XX. Las narraciones aztecas poseen significados dentro de un pensamiento mítico, no como relato histórico. Conforme Enrique Florescano, “el mito no relata hechos históricos, ni explica la trama de la historia, pero sí se desentrañan sus contenidos y símbolos que lo expresan, arroja luz sobre zonas oscuras” (1999, p. 248). Al contrario de la historia, el mito no tiene interés en relación a los acontecimientos posteriores al *in illo tempore* y, al ser revivido a través de las ceremonias religiosas, se convierte en una creencia social compartida y transmitida de generación a generación. Considerando una perspectiva religiosa, Mircea Eliade propone la siguiente definición de mito: “O mito conta uma história sagrada; ele relata um acontecimento ocorrido no tempo primordial, o tempo fabuloso do ‘princípio’”. “[...] É sempre, portanto, a narrativa de uma ‘criação’: ele relata de que modo algo foi produzido e começou a ser” (1972, p. 35). A partir de esa definición, Pierre Brunel destaca tres funciones del mito (2000, p. 16): a) el mito es una narrativa que, por medio de un lenguaje simple y atractivo, relata la creación del universo. b) El mito explica, en el sentido de que él responde de forma decisiva a una cuestión. Y c) El mito revela, remitiendo a la noción de historia sagrada que apunta una concepción del ser. Si por un lado el mito es definido por su carácter religioso, bajo el punto de vista de quien adhiere al mito, por otro, demostrando el interés sociológico de quien observa aquellos que adhirieron, Claude Lévi-Strauss presenta una visión cética de su enunciación: “Os mitos não têm autor: do momento em que são apreendidos como mitos e independentemente de sua origem real, eles só existem encarnados numa tradição” (*apud* BRUNEL, 2000, p. 17). Para el antropólogo francés, los mitos nada dicen sobre el orden del mundo, el origen del hombre y su destino. Sin embargo, ellos presentan mucho sobre las sociedades de donde provienen,

exponiendo sus creencias, costumbres y, sobre todo, rescatando modos de operación del espíritu humano. Estando los mitos encarnados en una tradición, Pierre Brunel constata que el verdadero conservatorio de los mitos es la literatura, lo que resulta ser el mito, también, literario, a pesar de que Lévi-Strauss considere la literatura una degradación del mito. Sin embargo al menos dos propiedades, apunta Claude De Grève, son análogas entre mito y literatura: el carácter de imaginación y la aptitud a la diversidad de significaciones. Buscando definir mito literario en relación a la propia noción de mito, Philippe Sellier presenta algunas caracterizaciones que se distinguen entre uno y otro: mito es una narración anónima y colectiva de un tiempo primordial; es presentado como verdadero; ocupa una función socioreligiosa y presenta la acción de héroes sin ninguna dimensión psicológica. Ya el mito literario no es fundador; es considerado ficción y en principio posee autoría. Sin embargo Sellier registra que mito religioso y mito literario comparten el mismo sustantivo, indicando pues características comunes: saturación simbólica, organización cerrada e iluminación metafísica. En el intento de una definición de lo que sea mito literario, De Grève apunta cuatro elementos: a) forma de contenido, casi siempre una narración, convertida en una tradición; b) relación con lo sobrenatural; c) forma de expresión que escapa a la conciencia clara, dejando al lector una relativa libertad de interpretación de lo que es revelado; d) posibilidad de significaciones diferentes según las épocas, las culturas, los autores y los lectores como individuos. Esa noción rescata el mito por la literatura, posibilitando una categoría comparatista de crítica literaria.

La estatua de Coatlicue fue desenterrada de forma definitiva después de la independencia de México, ya en la década de 1820. Fue puesta primeramente en un rincón en el patio de la Universidad y después echada en un pasillo como un objeto de curiosidad. Más tarde estuvo expuesta en un lugar más visible, como pieza de interés histórico y científico. Hoy ocupa lugar de destaque en el salón de la cultura azteca en el Museo Nacional de Antropología. Las diferentes percepciones de la estatua de



Coatlicue — diosa, demonio, monstruo y obra de arte — indican los cambios de sensibilidad experimentados en el transcurso de los siglos. Sin embargo, Coatlicue continúa siendo un bloque de piedra que causa impacto y provoca asombro. Carlos Fuentes enfoca esa característica:

La escultura de Coyolxauhqui y la de su madre Coatlicue son formas artísticas que, aunque nacidas del mito, ya no cumplen una función religiosa. Se han convertido en parte de la imaginación artística, de tal manera que, más allá de sus orígenes sagrados, lo que hoy vemos es una composición artística moderna y ambivalente. La realidad se ha quebrado en varias partes, pero al mismo tiempo exige ser reunificada: ¿piden otra cosa las pinturas cubistas? Al imaginar a los dioses, estos escultores anónimos del universo indígena, igual que sus contrapartes góticas europeas, igualmente anónimos y también inspirados por la religión, crearon obras de arte intemporales, que pueden ser apreciadas fuera de su contexto religioso, en nuestro propio tiempo (1997, p. 145-146).

Desde el descubrimiento de *Coyolxauhqui* casi al final del siglo XX, también el Templo Mayor de México-*Tenochtitlán* vive un otro ciclo de su existencia. Antes un centro ceremonial de la cultura azteca, después ruina arrasada por la conquista y encubierta por la construcción de la ciudad colonial. Hoy museo a cielo abierto donde las significaciones mitológicas de otros tiempos vuelven bajo otras visiones e interpretaciones, pero otra vez incorporadas a la cultura mexicana.

## Referencias

BRUNEL, Pierre. *Dicionário de mitos literários*. Rio de Janeiro: José Olympo, 2000.

CASTILLO, B. Díaz del. *Historia verdadera de la nueva España*. Madrid: P y J, 1998.

ELIADE, Mircea. *Mito do eterno retorno*. São Paulo: Mercuryo, 1992.

\_\_\_\_\_. *O sagrado e o profano*. São Paulo: Martins Fontes, 1999.

FLORESCANO, Enrique. *Memoria mexicana*. México, D. F.: FCE, 1999.

FUENTES, Carlos. *Valiente mundo nuevo*. México, D.F.: FCE, 1990.

\_\_\_\_\_. *El espejo enterrado*. Madrid: Taurus, 1997.